



El evangelizador en San Lucas

Carlo M. Martini

En este artículo recuperamos un antiguo texto del cardenal Martini sobre el evangelio de Lucas. Recordemos que Lucas nos acompañara a lo largo del ciclo C que pronto iniciaremos. Lucas tiene una especial preocupación para que la Buena Nueva llegue a todos los pueblos, de ahí la importancia de los evangelizadores como discípulos misioneros del Reino que prosiguen la obra de Jesús.

Martini relee el evangelio de Lucas desde esta clave y hoy nos ayuda, desde diferentes figuras de evangelizadores (sobre todo Pedro), a afrontar la misión con las fatigas y satisfacciones que trae aparejada, con la confianza y apertura que Jesús propone.

Evangelizar no es sólo cuestión de cálculo y planificación, es en primer lugar, echar las redes en su Palabra y lanzarse al lago, reconociendo nuestra pequeñez y la fuerza de su Mensaje.

El Evangelio que nos contiene es un mensaje gratuito de vida y salvación para todos, para pobres y pecadores, para los que están dispuestos a la conversión.

Dejamos en tus manos fragmentos del libro de Martini que nos pueden ayudar al inicio de este Adviento, para acoger la Palabra que se hace carne en nuestras propias vidas y en la comunidad.

¿Qué se entiende por evangelizador?

Con el término "evangelizador" me refiero a ese don particular edificativo del Cuerpo de Cristo al que se refiere la carta a los Efesios (Ef 04,11), en donde se habla de los dones de Jesús subido al cielo. Estos dones hacen a algunos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores, a otros doctores. Son cinco dones que San Pablo enumera como constructivos de la comunidad cristiana para la edificación del Cuerpo de Cristo. Sabemos que no son los únicos dones, porque en otras cartas de Pablo encontramos señalados otros carismas; pero en este versículo de la carta a los Efesios el Apóstol piensa específicamente en la construcción de la Iglesia. El apóstol es el que pone el primer fundamento de una comunidad y la sostiene; el profeta interpreta los designios de Dios para el momento actual de la comunidad; el evangelista proclama el kerigma, la buena noticia, y por tanto agrega a la comunidad nuevos fieles que son atraídos por la palabra de salvación; el pastor protege y conduce el rebaño

que se ha creado; el doctor profundiza, por medio de la catequesis, la doctrina y la teología, todo lo que forma el cuerpo de la comunidad. Una comunidad sana, bien fundada, es la que desarrolla todos estos carismas que, en la historia de la Iglesia, se han manifestado de diversas maneras: los fundadores de comunidades, es decir, los apóstoles y los profetas que interpretan para el propio tiempo la palabra de salvación, han pasado luego a otros oficios, a otros servicios eclesiales y, hoy, les corresponde a los Obispos desempeñar el oficio de apoyo para la unidad de la comunidad y el compromiso de interpretar para la comunidad los designios de Dios sobre el presente. Es la acción magisterial y unificadora del Obispo.

Los dos carismas siguientes, evangelistas y pastores, aunque son también propios del Obispo, se refieren en particular a los que tienen el cuidado específico de varios miembros y situaciones de la comunidad. Concretamente y para buena parte la Iglesia confía hoy a sus presbíteros la doble tarea de evangelistas y de pasto-

res; incluso, sobre todo la tarea de evangelistas no está -como nos lo demuestra el Nuevo Testamento- ligada exclusivamente a los miembros de la jerarquía y se puede extender, bajo su guía, a los laicos, como sucede hoy.

Pero la función principal, la responsabilidad fundamental del evangelizar y pastorear es la que los Obispos convalidan con los presbíteros y que los presbíteros ejercen en cada lugar y en cada comunidad. La Iglesia vive, si mantiene en sí estos dos dones de evangelizar y de pastorear en un equilibrio que, evidentemente, puede variar según las circunstancias y las situaciones. Cuando el equilibrio se rompe y una Iglesia, por ejemplo, se vuelve solamente evangelizadora sin pensar en guiar y sostener las comunidades, tenemos entonces ese tipo de Iglesias entusiastas, en las que dominan únicamente las fuerzas de ataque, pero no se construye. Cuando, en cambio, todo el peso se lleva sobre la acción pastoral, entonces la Iglesia se pastorea a sí misma indefinidamente y pierde ese punto de expansión que la hace ser Iglesia.

He aquí la importancia de estos dos carismas unidos, evangelizadores y pastores.

En los evangelizadores prevalece, en cierto sentido, la iniciativa, el agarre, el ataque, la capacidad de afrontar situaciones diversas, de captar el mundo que piensa diversamente, de interpretar las necesidades de los que parecen lejanos, de entrar en el deseo profundo de verdad, de justicia, de Dios, que hay en cada uno y hacerlo explícito. Es una actividad que va, en vez de esperar; que se mueve, en vez de hacer la torre a la que hay que entrar.

Esta actividad se encuentra especificada aquí y allí en el Nuevo Testamento, pero sobre todo es muy clara en la figura de Felipe. Felipe es el evangelista, el que representa este tipo de acción. En Hechos 8, 40 evangeliza varias ciudades corriendo de una a otra; está presente cerca del carro del eunuco etíope, y luego lo volvemos a encontrar en otra parte de Palestina, con el ánimo atento a las nuevas necesidades de la gente. Felipe se atreve a afrontar al hombre que va leyendo sobre la carroza, y sin esperar que le pregunten le suscita la pregunta, se la aclara interiormente. Se le dice, pues, evangelizador al que tiene este don de evangelistas (Ef 4, 1 1), llamado luego nuevamente en Hechos 21, 8 en referencia a Hechos 8, 40, en donde se describe así su actividad: "Felipe... recorría evangelizando todas las ciudades". He aquí una idea concreta de este tipo de carisma que tiene cierta capacidad para entrar en el ánimo de los demás, para descubrir las necesidades aunque no expresadas por la gente, para encontrarse en situaciones en donde parece que hay alejamiento del Evangelio, para ayudar a recorrer un camino de conversión descubriendo los gérmenes de la gracia, etc.

(Carlo M. Martini, *El Evangelizador En San Lucas, Paulinas. Bogotá 1983. Págs. 16-18*)

1. El sentido del pecado en la educación del evangelizador

"En tu palabra echaré las redes"

La llamada de Pedro: Lc 05,01-11

El fondo de la escena: hay mucha gente que escucha a Jesús. Jesús está cerca del lago, ve dos barcas con los pescadores que ya han bajado y están arreglando las redes y, con mucha libertad y seguridad, como si fuera de casa, sube a una de esas barcas, la barca de Pedro. Le pide que la aleje un poco de la orilla y, sentándose, se pone a enseñar.

Podemos imaginar el sentimiento de Pedro que seguramente se alegra porque ha sido escogida su barca: entonces no soy el peor del pueblo -se habrá dicho-; probablemente.

Jesús ha comprendido que hay en mí una persona modesta, pero digna de ser honrada... Es decir, Pedro vive un momento de euforia.

Pero ya hay una sorpresa lista para él: cuando el discurso termina y Pedro piensa bajar a tierra para recibir las felicitaciones de la gente, Jesús, sin más preámbulos, le dice que siga mar adentro y que eche las redes. Ciertamente se obra un cambio de Pedro en ese momento -la Escritura no habla mucho de los sentimientos de la gente, deja que los imaginemos y vivamos personalmente-; por la respuesta de Pedro se puede adivinar que en su mente nacen dudas acerca de la palabra del Maestro, porque ya es tarde, se ha terminado la pesca y hoy no hay peces.

Y hay algo más: Probablemente Pedro piensa en la figura que harán si después no sucede nada, tiene miedo de que todo el pueblo se burle de él como de quien se comporta de manera loca, porque se puso a pescar en una hora en la que ya no se espera una buena pesca. En un instante difícil en el que la confianza de Pedro en el Maestro vacila: tal vez le convendría decir sencillamente que no y no meterse en la pequeña prueba, en la prueba que podría dejarlo en ridículo ante la gente.

Esto lo captamos en la primera parte de la respuesta: "hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada".

Detengámonos en este verbo "fatigándonos" "kopiasantes"; es un verbo que el Nuevo Testamento usa otras veces, cuando habla de la fatiga apostólica, cuando Pablo dice: "he fatigado mucho más que estos pseudo-apóstoles", es el verbo que ha sido trasladado de la fatiga física a la fatiga apostólica. Por tanto, aquí podemos leer también muchas de nuestras situaciones: me he fatigado mucho, he gastado mucha energía, me entregué con toda el alma, quedé agotado y no se sacó nada. Hay un sentido de cansancio evangelizador, de derrotismo, de desánimo: pero, Señor, podías ayudarme antes, por qué no has venido hasta ahora?

He aquí el momento delicado en el que Pedro se juega a sí mismo: si cede a este cansancio diciendo que ya ha tratado, que es inútil, que es mejor volver a casa, echa pie atrás en la oferta de Jesús. En cambio, si Pedro resuelve arriesgarse un poquito, aplastar sea la fatiga que lo oprime, sea el ridículo que lo amenaza y dice "echemos adelante", entonces tenemos al evangelizador que supera la prueba de confianza: "en tu Palabra echaré la red". Notemos cuánto hay de profundo en este "epí de to rémati sou": en tu palabra, porque es la expresión que en la Biblia, en los Salmos señala la actitud del hombre ante Dios. "Confío en tu palabra", "tu palabra es la que da vida", Señor. Tú me has afligido, has permitido muchos sufrimientos, pero yo confío en tu palabra.

Aquí Pedro deja de ser el pequeño episodio privado, es la figura del hombre que se juega a sí mismo aun en situaciones pequeñas, sencillas, pero que exigen una cierta decisión, una cierta valentía. Sale de los cálculos y se lanza confiado en la palabra del Señor. Tenemos una de las típicas características que Jesús busca en el evangelizador, y de las pequeñas pruebas con que Jesús lo forma.

Ustedes saben mejor que yo, por la experiencia que tienen de ustedes mismos o de otros, por ejemplo al vivir con los muchachos, generalmente los que calculan mucho, los que se preocupan continuamente de sí mismos, de recibir algo por lo que hacen, los que quieren verificar todo para ver si coincide o no con la propia seguridad, no son terreno bueno para la vocación. En realidad el evangelizador se ve precisamente en estos momentos, es cuestión de arriesgar un poco, de echar hacia adelante, de perder el sentido del cálculo, de perder un poco el sentido de la medida. El evangelizador queda siempre caracterizado por este "quid" irracional: "irracional", naturalmente, no en el sentido de algo que va contra la razón, sino en el sentido de dar algún paso más allá de lo que es puramente seguro y sólido.

Volvamos a Pedro: en el fondo, es él mismo quien da el paso fuera de la barca para lanzarse al lago. También ahí se necesita un poquito de locura para dar ese paso. Es precisamente ese poquito de locura que hace el hombre. A menudo decimos -y el Papa lo afirmó claramente en la encíclica "Redemptor Hominis"- que el hombre no puede vivir sin amor: es el amor el que suscita en el hombre este ir más allá de los cálculos, este lanzarse. Aquí Pedro es tocado por Jesús sobre su disponibilidad para tener esa capacidad de riesgo en la que Jesús lo ejercitará cada vez más, y que es característico de lo que el evangelizador debe ser.

Y la red echada en la palabra de Jesús se llena, vienen otras barcas y también ellas están por hundirse. ¿Entonces qué sucede? Al ver esto (he aquí un aspecto del kerygma: hay un hecho, un hecho notable, imprevisto) Pedro descubre la manifestación de la potencia de Dios y se echa de rodillas ante Jesús diciendo: "Aléjate de mí porque soy un hombre pecador". Algo sucedió. La potencia de Jesús hace resaltar la pecaminosidad de Pedro: tal vez Pedro no era de los más pecadores de Cafarnaum, pero ciertamente era también él un hombre que, puesto ante la potencia y la santidad de Dios, sentía que muchas cosas de su vida no iban bien. Lo que más impresiona en este obrar de Jesús para con Pedro es precisamente la delicadeza que demuestra Jesús.

Si Jesús hubiera sido ese educador demasiado exigente que, a veces, hemos tenido nosotros, habría dicho: entonces, Pedro, tú quieres seguirme; pero recuerda que eres un pecador y, por tanto, antes de seguirme, tienes que arrepentirte de tus pecados, purifícate, porque si no no eres digno de seguirme. En cambio, Jesús lleva a Pedro a tener un acto de confianza. Después de ese acto de confianza Pedro reconoce la grandeza de Jesús, su bondad, su poder e, instintivamente, fácilmente, sin ningún esfuerzo, sale a flote el propio pecado. Jesús conduce a Pedro -a él de primero- a donde quiere llevarlo, al reconocimiento de la necesidad de la misericordia de Dios, para que pueda comprender la misericordia del kerygma, de la palabra de salvación. Lo lleva

de este modo tan humano, libre, sin traumatismos fatigosos.

Podemos hacer inmediatamente una aplicación para nuestro camino penitencial, camino muy necesario para todo hombre y toda mujer de este mundo, y sobre todo es necesario para el evangelizador. En todo curso de Ejercicios acostumbramos dedicar un momento especial a la penitencia; lo que subrayo es precisamente cómo nuestra necesidad de salvación, nuestra pobreza, resaltan más frente a la consideración de la misericordia de Dios para con nosotros, ante la consideración de su poder, de su bondad. Cualquier fatigosa introspección, si no se hace frente a este cuadro de apertura que es la potencia de Dios manifestada en Pedro, no solamente no es evangélica, sino que, a veces, puede ser perjudicial.

Ahora Pedro puede decir estas cosas con gran tranquilidad y sencillez, sin tenerle ya miedo a nadie porque es tan grande lo que le está delante que, aunque los demás crean que él es pecador, ya no le importa nada. Ya ha realizado un paso tan decisivo de liberación interior, que todos los temores que antes podía tener en comparación de lo que piensa o dice la gente han quedado superados.

Jesús forma al evangelizador por medio de estos saltos de confianza, con la presentación de su potencia; gradualmente hace emerger un verdadero sentimiento penitencial. El episodio concluye con un último cambio de realidad. Pedro esperaba que el Señor lo confirmara en su sentimiento de penitencia, y, en cambio, Jesús dice: "No temas; de ahora, desde este momento serás pescador de hombres".

Es un trastornar la situación. Antes, de un Pedro orgulloso de sí, hace un hombre que sabe lanzarse en la confianza; de este hombre lleno de confianza, saca un hombre que sabe reconocer espontáneamente la propia pobreza; ahora, de este hombre humillado en su pobreza, saca un hombre lleno de su confianza. He aquí lo que quiere decir experimentar la potencia de Dios, he aquí la formación del evangelista, el que es formado por las innumerables transformaciones que el poder de Dios obra sobre nosotros cambiando las situaciones humanas.

El perdón de la pecadora

La mujer pecadora en casa de Simón: Lc 07,36-50

Simplemente analizo algún núcleo del episodio. ¿Cómo está la situación? Es una situación ambigua. Hay un hombre, Simón, que se cree importante, que tiene en mano la situación, y que no ha arriesgado nada: ha recibido a Jesús, pero con el mínimo de la cortesía, porque así cree lograr contentar a todos. Al recibir a Jesús se demuestra un hombre abierto, capaz de afrontar las nuevas ideas, un hombre que tiene una cierta inteligencia y una cierta apertura de espíritu pero no brindándole todos los honores debidos, siempre podrá decir que lo tuvo bajo su mirada, que lo vigiló para ver lo que decía.

Este salvarse con todos, pero sin empeñarse, es exactamente la imagen del obrar político que siempre nos amenaza: sí, hagamos algo, pero de modo que nadie

nos pueda criticar y así navegamos, con grande equilibrio, entre dos partes, sin comprometernos. Es cierto que a veces puede ser necesario, y la necesidad de la vida lo exige, pero ciertamente el hombre que vive así, no vive; es decir, vive la situación de Simón, que prepara un banquete a Jesús y deja que la atmósfera sea tensa, cautelosa, Jesús se siente observado, y por esto probablemente no habla con mucho entusiasmo y con serenidad; los otros saben que los demás los observan, y también ellos se atreven a hablar de cosas generales, que no comprometen a nadie.

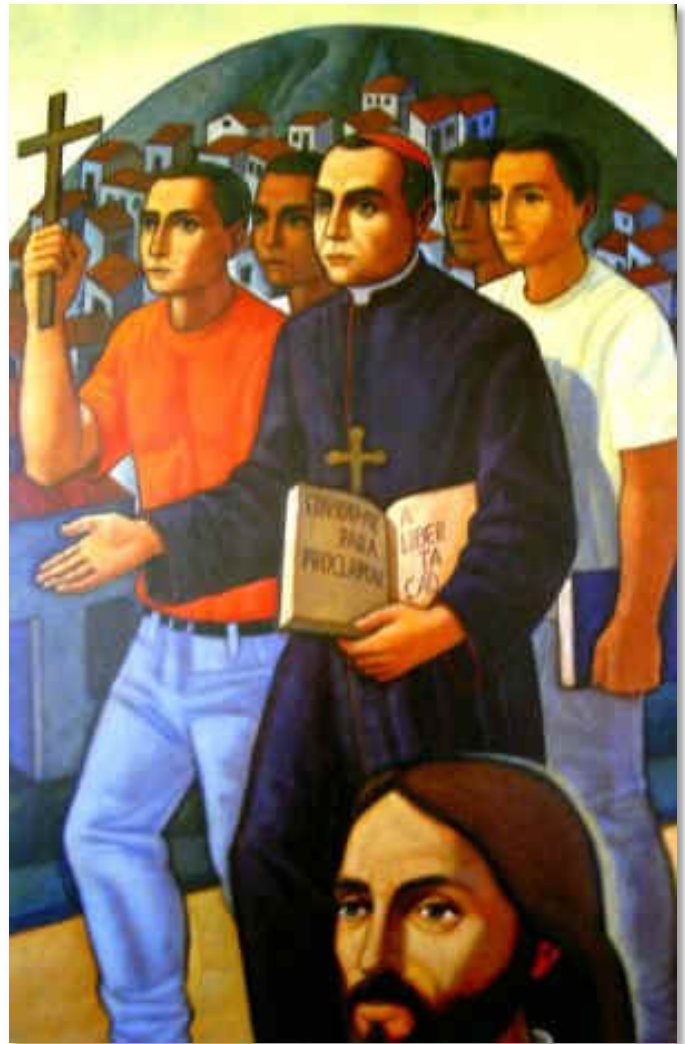
A un cierto punto, he aquí que entra una mujer y rompe todas las convenciones creando un enorme embarazo en todos: todos se miran, miran alrededor, se hacen guiños, preguntan, retroceden, y uno al otro se culpan por haberla invitado, ninguno quiere admitir que la conoce. Mientras tanto la mujer avanza impertérrita y, en un gesto de confesión pública, le manifiesta a Jesús esos signos de afecto, de reconocimiento, de veneración que nadie le había sabido ofrecer

Esta es la situación. Ninguno de los que están allí se arriesga; en cambio. La mujer ha arriesgado mucho: ¿qué hará Jesús, de parte de quién se pondrá? Aquí admiramos una vez más la capacidad de Jesús para volcar las posiciones: Jesús no reprocha inmediatamente, sabe muy bien que en estos momentos cruciales hay que obrar con una cierta prudencia y atención. Con una oportuna parábola narrada a Simón, y con una pregunta final, hace reconocer al mismo Simón que la situación, en la realidad de Dios y en la realidad aun de la sinceridad humana, es exactamente lo contrario de lo que todos creían. El desconcertado, el intruso, el que no supo obrar fue Simón; la persona que se comportó de manera digna de la situación, verdadera, real, humana es la mujer: ella fue la que comprendió, ella la que vivió esta realidad.

Nuevamente tenemos el modo como el Evangelio lleva al reconocimiento de la culpa, al camino de la purificación: no por medio de reproches amargos que ponen a la persona en estado de defensa, sino suscitando en la mujer el coraje, la energía, la libertad de corazón. Todo esto la hace una perfecta imagen del hombre y de la mujer que recorren el camino de la purificación y obtienen de Dios el perdón en un acto de amor y de transformación de su existencia.

Ahora reflexionemos, más en particular, sobre nuestro camino penitencial. Sabemos que es importante - muchas veces lo hemos explicado a los demás- pero tenemos la conciencia, quizás poco profundizada, de que este camino penitencial, en la Iglesia de hoy, sufre un momento de crisis.

En otro tiempo se practicaba la confesión frecuente que es una expresión de camino penitencial; esta práctica ha sufrido, sobre todo en algunas regiones, una gran decadencia; conozco pueblos y ciudades en donde la confesión se ha vuelto muy rara; se la ha sustituido - de vez en cuando- por liturgias penitenciales, que, a la postre, resultan ciertamente más cómodas que el esfuerzo que requiere la confesión individual. No por nada, Juan Pablo II, en la última parte de la encíclica "Redemptor Hominis" recuerda el derecho que todo fiel tiene de ser escuchado y reconciliado en la confesión individual. Sería demasiado largo hablar de la crisis de la penitencia -ya tan estudiada en estos años en la



Iglesia- y, probablemente, una de las razones de la crisis se le atribuye a un cierto formalismo penitencial en que se había caído. Todos nosotros, al menos los más ancianos en el ministerio de confesión, hemos tenido experiencia de personas que se confesaban muchas veces, pero con poco provecho, por costumbre... como sucede. Ahora se ha pasado al exceso contrario: cuando una cosa se ha convertido en habitual se prefiere dejarla, en vez de profundizarla y de hacerla más eficaz.

Nos encontramos, pues, en un punto incierto, cuyo futuro ignoramos. Pero la Iglesia ha recuperado un sentido penitencial mucho más fuerte que antes, sobre todo por lo que atañe a la conciencia de los pecados sociales, de la injusticia, de la necesidad de fraternidad, aunque siguen siendo temas muy genéricos. No nos vamos a ocupar mucho de esto -es un tema vasto e interesante-, sino de lo que es el camino penitencial de cada uno de nosotros.

A nosotros, como evangelizadores, así como a Pedro se nos propone con insistencia un inicio penitencial al que debemos volver siempre: ponernos delante del Señor con la conciencia de lo que somos realmente, de nuestra fragilidad, de nuestra necesidad de salvación. El riesgo que corre la Iglesia -y, en ella, cada uno de nosotros- en esta disminución del sentido penitencial, del sentido del pecado, de la culpa y, por tanto, del perdón, de la reconciliación, es un riesgo ciertamente grande, porque se podría terminar perdiendo de vista el sentido de la gratuidad, de la salvación, como don de

Dios que perdona los pecados. La salvación queda reducida a un problema de justa organización de las relaciones entre las personas, el Evangelio se convierte en un modelo de esta organización y no se capta ya aquello por lo que luchó San Pablo, aquello por lo que Jesús proclamó: "No he venido para los justos, sino para los pecadores; no para los sanos, sino para los enfermos".

Dios justifica gratuitamente al pecador y esta es la salvación que el hombre recibe continuamente. El hombre, incapaz de amar verdaderamente hasta el fondo, se vuelve capaz de amor verdadero por la transformación del Espíritu que lo purifica. Si perdemos este punto de paso -el Espíritu que purifica gratuitamente y hace capaz de amor venciendo el egoísmo y el miedo de la muerte- ya no somos capaces de construir la comunidad cristiana, con toda la buena voluntad que tengamos para instaurar relaciones fraternales entre la gente. El riesgo es ciertamente grave por lo que atañe al sentido de la penitencia y el pecado.

¿Qué más añadir, diría a manera de consejo, para la experiencia personal nuestra? Yo distinguiría nuestra experiencia, o mejor la experiencia de la penitencia en dos categorías. Hay algunos para los cuales la penitencia, entendida a la antigua, es decir, como una confesión breve, frecuente en la que se constituyen como una serie de piedras miliarias que nos ayudan a quedar purificados de todas las culpas cotidianas y a mantener vivo en nosotros el sentido de la gratuidad de la salvación, tiene todavía un significado preciso. Para quien encuentra fácil este camino, para quien está acostumbrado a él y lo lleva adelante sin problemas, es una gracia; quiere decir que el Señor lo guía y lo seguirá guiando por este camino.

Pero a veces hay sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos que, habiendo vivido la experiencia del cambio de régimen penitencial encuentran mucho más difícil seguir la práctica de la confesión regular; la encuentran fatigosa, algo formal, poco útil, poco estimulante. A éstos sobre todo les quiero hablar: habiendo yo mismo experimentado este tipo de fatiga, he tratado de ver cómo se puede salir de ella. Me ha ayudado una consideración sencilla y que parece paradójica. Me he dicho: si me es tan difícil hacer la confesión breve, ¿por qué no tratar de hacerla más larga? Algo así como un vuelco de las situaciones. Y nació la experiencia (que luego he comparado con otras experiencias de grupos, personas, situaciones, incluso en varias partes del mundo) del coloquio penitencial que quiere salvar los valores de la confesión tradicional, pero insertándolos en un cuadro algo más personal. ¿Qué entiendo por coloquio penitencial? entiendo un diálogo con una persona que me representa la Iglesia, concretamente un sacerdote, en el que trato de vivir el momento de la reconciliación de una manera que sea más amplia de lo que es la confesión breve, que sencillamente enumera las faltas.

Trato de describirles cómo sucede esto -el nuevo Ordo paenitentiae admite esta ampliación-: si se puede, como lo sugiere el Ordo Paenitentiae, es mejor comenzar el coloquio con la lectura de una página bíblica, por ejemplo un salmo, que uno escoge porque corresponde a su estado de ánimo; se reza luego una oración, ojalá espontánea, que lo coloca a uno inmediatamente en una atmósfera de verdad. Sigue en triple momento que llamo sintéticamente: *confessio laudis*, *confessio vitae* y *confessio fidei*.

Confessio laudis: repite precisamente la experiencia de Pedro en Lc 5. Pedro, ante todo, experimenta que el Señor es grande, que ha hecho por él una cosa inmensa y lo ha llenado de dones inesperados. *Confessio laudis* es comenzar este coloquio penitencial contestando a la pregunta: ¿desde la última confesión, de qué tengo que agradecer más a Dios? ¿En qué cosas he sentido a Dios particularmente cerca, en las que he sentido su ayuda, su presencia? Hacer salir a flote estas cosas, comenzar con esta expresión de agradecimiento, de alabanza, que coloca nuestra vida en el justo cuadro.

Sigue luego la *confessio vitae*. Evidentemente encuentro muy justo lo que se enseña en la práctica de la confesión, o sea, de confesarse según los diez mandamientos o según otro esquema; pero para esta *confessio vitae* yo sugeriría -para los que mas disponen de tiempo- esta pregunta: ¿a partir de la última confesión qué ha sucedido que, sobre todo delante de Dios, quisiera que no hubiera sucedido? ¿Qué me pasa? Entonces, más que preocuparse de hacer una lista de pecados -que también se puede hacer cuando hay cosas graves y precisas, porque emergen por sí mismas- se trata de ver las situaciones que hemos vivido y que nos pesan, que quisiéramos que no existieran y que precisamente por esto ponemos ante Dios para que nos quite de encima ese peso, para que nos purifique. Aquí la áfesis amartión tiene su sentido propio: quitarnos un peso, y un peso podría ser, por ejemplo, el haber vivido una cierta antipatía sin lograr liberarnos de ella y no sabemos ver exactamente si hubo culpa o no, pero ha pesado sobre nuestro ánimo; o también hemos fatigado para hacer el bien, hemos vivido una cierta pesadez en el amar, en el servir que tal vez ha sido causa de otros defectos, porque es una raíz de fondo.

Así nos colocamos a la luz nosotros mismos, como nos sentimos. ¿Qué quisiera que no hubiera sucedido? ¿qué me pesa ahora particularmente delante de Dios? ¿qué quiero que Dios quite de mí? De esta manera es más fácil hacer salir a flote verdaderamente a la persona con sus situaciones siempre mudables, con su realidad de pecado frecuentemente no documentable y que los otros reconocen y ven más que nosotros, y hasta critican, y nosotros no logramos individuar sino de esta manera.

Pedimos ser liberados porque la potencia de Dios es para liberarnos, no para liberarnos desde un punto de vista contable o moralístico; es para darnos espacio, para darnos ánimo, para hacernos reasumir una nueva espontaneidad.

Finalmente, la *confessio fidei* que es la preparación inmediata para recibir su perdón. Es la proclamación ante Dios: Señor, yo conozco mi debilidad, pero sé que tú eres más fuerte. Creo en tu poder sobre mi vida, creo en tu capacidad para salvarme así como soy ahora. Te confío mi pecaminosidad, arriesgándolo todo, la pongo en tus manos y ya no temo nada.

Es decir, es necesario tratar de vivir la experiencia de salvación como experiencia de confianza, de alegría, como el momento en que Dios entra en nuestra vida y nos da la Buena Noticia: "vete en paz", me he encargado de tus pecados, de tu pecaminosidad, de tu peso, de tu fatiga, de tu poca fe, de tus sufrimientos interiores, de tus tormentos. Los he tomado todos sobre mí, he cargado con ellos para que tú quedes libre.

He aquí uno de los muchos modos: a mí me parece que este tipo de coloquio puede ayudarnos mucho más, y la impresión que sacamos es quererlo repetir con gusto porque salimos un poco distintos y nos ha hecho bien.

La confesión no es solamente un deber: es una ocasión alegre que se busca. Aun en las confesiones ordinarias con mucha gente, a veces veo que es bueno hacer esta pregunta a las personas que se confiesan rápidamente: ¿pero usted no tiene algo en su vida de lo cual quisiera agradecer a Dios? Es una pregunta que pone ya en coloquio sobre un plano diverso, no sólo formal, es ya un entrar en la vida de esa persona.

Tratemos, pues, de ayudarnos juntos a vivir este momento penitencial al que Jesús trata de llevar a Pedro desde el comienzo de su llamada; pidámosle al Señor que nos ayude a nosotros -como a Pedro- a comprender qué es lo que desea que hagamos, todo lo que nos promete y todo lo que nos da.

(Martini-5. Págs. 55-70)

2. El camino de Pedro, primer evangelizador

Meditemos sobre una figura que resume, mejor que cualquier otra, el camino que Jesús hace recorrer a sus discípulos para convertirlos en evangelizadores: es la figura de Pedro.

Trataremos juntos de revivir la experiencia de Pedro en el seguimiento de Jesús.

Son dos momentos en los que Pedro se confiesa pecador. Lc 05,08: "Al ver esto Simón Pedro cayó a los pies de Jesús diciendo: Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador"; y Lc 22,62: "Saliendo fuera lloró amargamente". Nos preguntamos qué diferencia hay entre el primer momento y el segundo; qué camino, qué itinerario espiritual recorrió Pedro entre uno y otro, y por qué la verdad del segundo momento es mucho más grande que la verdad del primero.

En el primer momento a Pedro se le llama "pescador de hombres", pero todavía era muy incapaz de comprender, como veremos, el misterio del Evangelio. En el segundo momento Pedro llega, por así decirlo, a la culminación de su preparación de evangelizador.

Quisiéramos tomar este itinerario entre la llamada de Pedro y lo que sigue a la negación de Pedro. ¿Cómo llegó Pedro a este punto, por cuáles etapas pasó? Su experiencia es importante para toda la Iglesia, como lo afirmó el mismo Jesús: "Satanás ha tratado de zanzanarte como el trigo; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos" (Lc 22,31-32). Por tanto, la experiencia de Pedro, una vez más, puede ser útil para nosotros, para confirmarnos.

Nos preguntamos, entonces, por qué Pedro renegó de Jesús, cómo llegó a tal incompreensión del kerygma hasta hacer peor que los nazarenos, rechazando a Jesús de su propia vida, de qué manera este rechazo lo habilitó después para predicar el Evangelio. Todos estamos llamados a revivir interiormente estos episodios, siguiendo un poco la experiencia de Pedro, como nos la presentan los Evangelios.

Confesión e incompreensión de Pedro

Partamos de Lc 9,20 recurriendo al paralelo en Marcos, porque Lucas nos presenta la confesión de Pedro, pero no la negación de Pedro cuando quiere impedir a Jesús seguir su camino. En Mc 08,29 Jesús afirma: "¿Y ustedes quién dicen que soy yo? -Pedro contesta: -Tú eres el Cristo". Aquí Pedro llega a la culminación de su misión, se convierte de veras en aquél que como evangelizador, profeta, apóstol, sabe resumir el pensamiento de los demás y darle una expresión precisa. En este momento Pedro se siente lleno de alegría, da razón a la confianza que Jesús ha puesto en él. Por esto queda desconcertado cuando oye decir a Jesús: "El Hijo del Hombre debe padecer mucho, ser rechazado por los ancianos, los pontífices y los escribas, ser muerto y resucitar al tercer día. Y decía esto con toda claridad. Pedro entonces lo tomó aparte y se puso a disuadirlo, pero Jesús, vuelto hacia sus discípulos y mirándolos, increpó a Pedro, diciéndole: Lejos de mí, Satanás, que tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres" (Mc 08,31-33).

Detengámonos un momento a reflexionar sobre la impresión que estas palabras pudieron causar en el corazón de Pedro; reflexionemos sobre el cambio de humor que debieron causar en él. Pedro habrá pensado: pero, en fin, ¿qué mal he hecho, por qué me trata de esta manera? En el fondo yo quería su bien, quería impedirle un fin tan triste, quería que fuera coronado como lo merece; en verdad no comprendo a este Maestro, nada le gusta, tiene ideas que van más allá de lo que yo puedo entender, y ahora tal vez se va contra mí, no me mirará más.

Pedro vive un momento difícil, siente que comprende a Jesús, pero no hasta el fondo. Este malentendido queda rápidamente resuelto por un hecho nuevo que una vez más llena a Pedro de euforia: "Unos ocho días después de estos discursos, Jesús tomó consigo a Pedro, a Juan y a Santiago, y subió al monte a orar" (Lc 9,28). En este episodio de la Transfiguración se ve con cuánto entusiasmo y con cuánto sentido de responsabilidad vive Pedro su llamada: "Le dijo a Jesús: Maestro, es bueno quedarnos aquí; hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías" (Lc 9,33).

Aquí aparece Pedro con toda su gran generosidad. En efecto, no dice: hagamos la tienda también para mí. Pedro piensa en Jesús, en Moisés y Elías; es el hombre que, al sentirse investido del Reino de Dios, se da cuenta de su responsabilidad; está listo a obrar, a decidir y a proveer él mismo por el Reino. En este momento se siente exaltado al máximo de sus fuerzas, de su capacidad, y también podemos pensar que cuando al día siguiente baja de la montaña (Lc 9,37) y ve a los otros apóstoles que no han sido capaces de expulsar el demonio de un muchacho, probablemente siente que comparte las palabras de Jesús: "Oh generación incrédula y perversa, ¿hasta cuándo tendré que soportarlos?" (Lc 9,41). Es decir, Pedro piensa: yo tengo verdaderamente la fe, estoy de su parte, estos otros apóstoles todavía no han entendido de qué se trata, no están a la altura de esa comprensión de la potencia de Jesús que yo estoy adquiriendo. Pedro, precisamente, está creciendo en la conciencia de sus responsabilidades, de lo que pesa sobre sus espaldas. Y he aquí, como una nueva gota fría, la palabra que, después de muchos otros acontecimientos (dejamos los intermedios y va-

mos inmediatamente a los últimos episodios antes de la Pasión), Jesús le dirige: "Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido poder zarandearte como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos. Pero él dijo: Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y hasta a la muerte. Jesús le contestó: Pedro, te digo que no cantará hoy el gallo antes que hayas negado tres veces que me conoces" (Lc 22,31-34).

¿Cómo vive Pedro estas palabras que ciertamente son muy importantes para él: "Confirma a tus hermanos"?

Esto hace pensar que, evidentemente, él ya se encuentra muy adentro del mensaje, lo puede poseer y entender hasta el fondo: "Señor, contigo estoy dispuesto a ir a la cárcel y a la muerte". Cuando leemos estas palabras, decimos que están llenas de presunción, pero lo decimos partiendo de los acontecimientos que conocemos; porque en sí son palabras muy bellas, son palabras que todo cristiano debería repetir. Qué hay de negativo en ellas que pueda hacernos entender, aun psicológicamente, ¿cómo se prepara la caída de Pedro? Pedro expresa en verdad lo que siente; pero, por el contexto, se ve claro que no le ha prestado atención a la palabra de Jesús: "Satanás ha pedido zarandearte como el trigo. Yo he rogado por ti".

Si hubiera atendido a la palabra, habría dicho: Señor, te doy gracias porque has rogado por mí; me siento débil, sé que puedo hacer muy poco, permanece cerca de mí. En cambio (y aquí se vislumbra un poco el problema que veíamos ya en Nazaret), Pedro hace del Evangelio, de la misión que se le ha confiado, un privilegio, una realidad que hace suya, de la que ya puede disponer con fuerza, y no un don permanente del Señor y que debe pedir humildemente. Así como los nazarenos querían disponer de la potencia de Jesús para su servicio, y se rebelan cuando el Maestro les hace comprender que no hay límites para la potencia de Dios y que Nazaret, no es necesariamente el único lugar designado para los misterios de Dios, así también Pedro, gradualmente, se apropia un poco de la misión de evangelizador: es suya, le pertenece, le da ciertos privilegios, cierta fuerza, cierta valentía, precisamente porque es suya, está listo a cargar sobre sí también con las consecuencias. Sutilmente se prepara para la caída. En efecto, el evangelio es precisamente el don gratuito de Dios, es la salvación que Dios concede gratuitamente al pecador y, mientras lo recibimos con ánimo agradecido, con humildad, estamos en la justa posición; pero tan pronto comenzamos a apropiarnos de él, a manejarlo como algo propio, cambiamos totalmente la situación. Entonces nos convertimos nosotros en los dueños del Evangelio, en los dueños de la Iglesia, en los dueños de las situaciones, y ya no somos personas que reciben el don y lo transmiten, sino personas que pretenden usarlo como algo propio.

El error en el camino de Pedro es sutil: desde cuando en el monte quería él hacer las tiendas para todos y le parecía que debía organizar todo como mayordomo del Reino, creyéndose capaz de maniobrar los misterios de Dios. Precisamente por esto se le reserva a él la lección de la más humillante debilidad del hombre y del evangelizador, que es la incapacidad de afrontar las situaciones límite.

Pero continuemos la lectura de esas páginas tan instructivas en su psicología: Jesús "dijo luego: ¿cuando los envié sin bolsa, sin alforjas y sin sandalias, les faltó algo? Ellos contestaron: Nada. Y añadió: Ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo mismo la alforja; y el que no tenga, venda su manto y compre una espada. Pues les digo que debe cumplirse en mí lo que está escrito: y fue contado entre los malhechores. Porque se acerca el cumplimiento de todo lo que se refiere a mí. Ellos le dijeron: Señor, aquí hay dos espadas.

Les respondió: ¡Basta! (Lc 22,35-38)

Ciertamente detrás de los Doce se encuentra, una vez más, Pedro que siempre está preocupado por salvar la situación; él, no habiendo comprendido bien la palabra de Jesús, afirma: -Yo te defenderé con mi espada, déjalo por mi cuenta, haré de tal modo que tus enemigos no triunfen contra ti-

Pedro no es cobarde, no es miedoso, no obra así porque tenga miedo de la cruz, en verdad es sincero. Su error consiste en jugar él la primera parte. En cierto sentido, profundizando teológicamente esta frase, podríamos decir que es él quien quiere salvar a Jesús, será él el salvador del Señor.

La crisis de Pedro

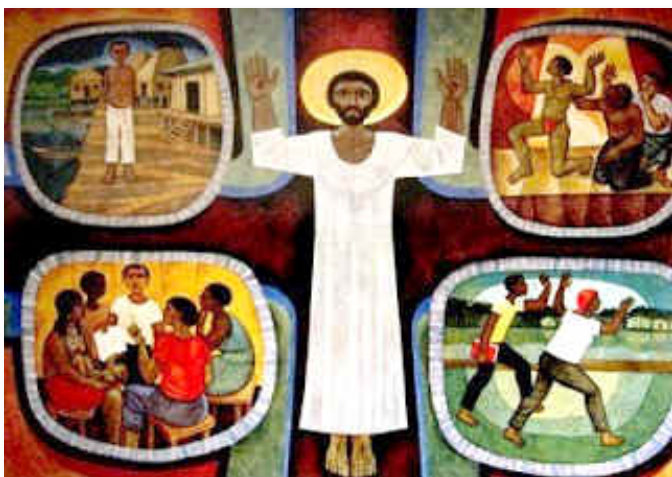
A este punto encontramos el episodio en el huerto de los olivos: Jesús está lleno de angustia, suda gotas de sangre y no tiene la compañía de ninguno de los discípulos, ni siquiera la de Pedro. Pedro no logra soportar la vista de Jesús débil y en él comienza a derrumbarse el mito del Maestro: lo conocía como el Señor poderoso, victorioso, el que siempre gana, el que sabe encontrar las palabras precisas para cada situación, el que derrota con un rápido razonamiento a los adversarios capciosos.

Aquí, por primera vez, Pedro ve a Jesús deshecho por la tristeza y le nace en el corazón una inmensa inquietud: ¿cómo es posible que Dios esté con este hombre, si este hombre tiene miedo, si este hombre demuestra tanta fragilidad?

Pedro había sido educado por el Antiguo Testamento a ver al Dios grande, al Dios poderoso: Yavé que vence guerras, que derrota a los enemigos. Ya estaba transfiriendo en Jesús toda la potencia de Yavé, pero ahora al ver tanta debilidad, ¿qué puede hacer sino cerrar los ojos y no pensar más? Es la actitud de quien dice: no quiero saber, no quiero ver, no puedo entender. La debilidad de Jesús que se está manifestando hace interiormente derrumbarse a Pedro, porque es totalmente contraria a su idea del Reino de Dios, a su mentalidad de un Reino siempre victorioso que le había hecho decir, en el momento de la primera predicción de la Pasión: no, Señor, esto no te puede suceder, no sucederá jamás, en ti está el poder de Yavé.

Ahora duda de que Dios esté en este hombre, cree que Dios lo esté abandonando, y está traumatizado.

Viene el arresto de Jesús. Judas, los guardias, el beso de la traición. ¿Qué hace Pedro en este momento? Apela a todas sus energías: "¿Señor, les damos con la espada? Y uno de ellos -(Lucas no lo menciona pero los otros evangelistas sí)- dio al criado del Pontífice y le cortó la oreja derecha" (Lc 22,49-50).



Pedro vuelve a ser el hombre heroico que quiere morir por el Maestro, quiere lanzarse a la reyerta, vencer a toda costa, tal vez morir con tal de salvarlo. Llega, por así decir, a lo que cree ser el colmo de su generosidad: es el Evangelio el que me llama a esto, yo estoy llamado a dar la vida, entonces tengo que darla.

Imaginémonos el derrumbamiento interior, casi total, que sucede en él cuando Jesús interviene: "¡Basta ya. Dejen! Y tocando la oreja lo curó. Y dijo a los que habían venido en contra de él, a los pontífices y jefes militares del Templo y a los ancianos: han venido como contra un ladrón con espadas y palos. Todos los días estaba con ustedes en el Templo y no me echaron mano. Pero ésta es su hora y el poder de las tinieblas" (Lc 22,51-53). Jesús mismo, pues, deja el curso al poder de las tinieblas. Pedro se da cuenta de que todo lo que había pensado se ha vuelto al revés; quería luchar con el Maestro por el reino de la luz y el Maestro permanece ahí inerte, acepta que el imperio de las tinieblas se posesione de él. Su idea de Dios se desmorona. Dios ya no es potencia, ya no es bondad, ya no es justicia, no interviene para salvar a Jesús. Entonces, ¿quién es este Maestro en el que habíamos creído?

Y Pedro cae en una tremenda confusión interior que nos hace comprender muy bien todas sus negaciones; si las leemos así, como nos lo propone el Evangelio de Lucas, vemos con cuánta delicadeza viene a la luz la situación psicológica de Pedro: ni siquiera él mismo sabe qué es lo que quiere.

Pedro sigue al Maestro, pero de lejos. Lo sigue porque lo ama; de lejos, porque ya no es capaz de ponerse de su parte abiertamente, porque no lo comprende: entonces, ¿qué es lo que quiere? Si quiere un acto de valentía, estamos listos; si quiere cualquier otra cosa, que nos la diga; por lo menos hágase entender.

Y he aquí la primera pregunta: "También éste estaba con él. Pero él negó diciendo: Mujer, no lo conozco". Noten la delicadeza, tal vez casual, tal vez puesta adrede, de esta frase: "con él". Es la frase que Pedro había pronunciado poco antes: "Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y hasta la muerte". Ahora, ante este "con él" ya no sabe reaccionar y dice: "No lo conozco". En realidad, la negación "no lo conozco" tiene algo de verdad en la mente de Pedro, porque Jesús no es ya el que él creía, es decir, un líder, un jefe, un vencedor, un hombre que sabe superar las situaciones adversas. Ya no conoce, ya no comprende a ese hombre abandonado al poder de los enemigos, ya no sabe qué quiere el

Jesús que se ha salido totalmente de los esquemas mentales anteriores. En verdad Pedro ya no puede alcanzarlo.

Cuando le dirigen la segunda pregunta: "¡Tú también eres de ellos!" Pedro niega también esto: "¡No, no lo soy!". Creo que en la respuesta haya, en el fondo, un poco de desprecio: ellos han huido; yo, por lo menos, quería hacer algo por él, quería dar la vida, la habría dado si me lo hubieran permitido. No soy de los que, bellacamente, han tenido miedo, pero tampoco estoy con él, porque ya no lo reconozco. Dice el texto: "Transcurrió como una hora". Podemos imaginar el drama de identidad que Pedro vive en esa hora: quién soy yo, qué quiero, qué ha sido de mi vida, por qué se me ocurrió seguir a este hombre, quién me metió en esto; sin embargo, yo le creía, lo quiero, no tenía por qué traicionarme de esta manera. Todo el trauma de un hombre que ha seguido generosamente un camino y, a un cierto momento ya no comprende el designio de Dios sobre él.

Ahora, ¿qué quiere Dios de mí? Antes podía decirlo, hasta hace pocas horas estaba listo a morir con él, ahora ya no sé qué es lo que Dios quiere. Sin duda es una hora terrible para Pedro. Y después de esta hora "otro insistía: en verdad que también éste andaba con él, porque es galileo. Pero Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices".

No sé si fue por caso o porque el evangelista lo quiso adrede que la frase: "No sé lo que dices" es la misma que estaba anotada en el monte de la Transfiguración: "No sabía lo que decía". En ese momento creía tener él en mano las llaves del Reino, poder disponer de ellas como dueño; ahora tiene que decir: "No sé lo que dices" ante una pregunta muy evidente que lo interroga sobre su identidad geográfica y cultural: si es o no es un galileo. La prueba por la cual Jesús permitió que pasara Pedro es una de las pruebas más terribles por las que puede pasar un hombre cuando llega a dudar de todo lo que ha sido su educación religiosa, su formación: ¿este es el Dios en el que he creído? ¿en realidad esta es la voluntad de Dios sobre mí, o me he equivocado en todo?

Si Pedro pasó por esta situación, pasó por toda la Iglesia, pasó por todos nosotros, pasó para confirmar a los hermanos; es, pues, una prueba que él vivió como jefe de la Iglesia, como primer evangelizador, sabiendo que en realidad no es posible ser evangelizadores si no nos dejamos trastornar de tal manera por el designio de Dios que aceptemos que verdaderamente es "su" designio y no el nuestro, su Evangelio y no el nuestro, su salvación para nosotros y no la nuestra.

En el fondo, el dilema de Pedro se podría expresar muy sencillamente así: Pedro quería salvar a Jesús, pero en realidad era Jesús quien quería salvar a Pedro, y éste tenía que llegar a la convicción de que era él el salvado, el perdonado por Jesús, era él el primer depositario del perdón y de la misericordia evangélica. Esto le costaba muchísimo, porque era muy celoso de su fidelidad, de su capacidad de ser honesto y leal.

En cambio, el Señor le hace comprender que también él puede llegar a un momento de extravío total, y por tanto, si quiere evangelizar, tiene que tener, ante todo, una comprensión ilimitada de la misericordia salvífica de Dios y una capacidad sin límites de compasión por

sus hermanos en la Iglesia. A este punto el texto continúa: "En ese instante, mientras estaba hablando cantó un gallo". En este gallo que canta se encuentra la denuncia de su pecado: mira hasta donde has llegado, tú que creías poseer el Reino, el Evangelio, tú que creías ser el defensor del Maestro.

Esta denuncia fría, tajante y acusadora sería terrible si, de improviso, no hubiera la mirada de Jesús: "Entonces el Señor se volvió, miró a Pedro y Pedro se acordó de las palabras del Señor, cuando le había dicho: -Antes que cante el gallo hoy, me negarás tres veces-. Y saliendo fuera, lloró amargamente".

La experiencia de dejarse amar

Tratemos de comprender la diferencia que hay entre este momento y ese otro cuando también Pedro había dicho: "Señor, aléjate de mí, que soy un hombre pecador". Las palabras son, sustancialmente, las mismas, pero ¡qué diversidad de experiencia! En la barca Pedro había quedado un poco sorprendido ante la potencia de Dios, que lo había gratificado con esa gran pesca; consciente de la diferencia entre la potencia de Dios y su pobreza, en el fondo, no estaba convencido de tener necesidad también él de la misericordia de Dios. Podía convertirse en un ayudante del perdón de Dios, en una persona que podía seguir a Jesús, servir a los demás: no aceptaba ser él mismo el primer objeto de esta misericordia, de ser el primer necesitado de la palabra de salvación.

Pero he aquí que el Señor lo lleva, casi inexorablemente, hasta el punto en que Pedro reconoce quién es él en realidad, y en su llanto hay palabras muy sencillas: Señor, también soy yo un pobre hombre como todos; Señor, yo no creía llegar a todo esto; Señor, ten misericordia de mí; Señor, tú vas a morir por mí que te he traicionado; tú das la vida por mí que no te he sido fiel.

Aquí, finalmente, Pedro capta qué es el Evangelio como salvación para el hombre pecador, comprende el verdadero ser de Dios, que no es uno que nos estimula a hacer mejor, no es un reformador moral de la humanidad, sino que, ante todo, es el Amor ofrecido sin límites, el puro Amor gratuito de misericordia que no condena, no acusa, no reprocha. La mirada de Jesús no es acusadora, ni amonestadora; sencillamente es una mirada de misericordia y de Amor. Pedro, te amo aun así, yo sabía que tú eras así, y te amaba sabiendo que eras así.

Dejarse-amar gratuidad

Para concluir podríamos decir: Pedro hace la experiencia, que probablemente es la más fácil y la más difícil de la vida, la de dejarse amar. Hasta ahora siempre había sido orgulloso de ser él el primero en hacer algo, pero ahora comprende que, en cambio, ante Dios no puede sino dejarse amar, dejarse salvar, dejarse perdonar. Es algo así como aquello a lo que, de otro modo, hace alusión el Evangelio de Juan en el episodio del lavatorio de los pies: "Tú no me lavarás los pies; yo te los lavaré a ti, no tú a mí". ¡Cómo es de difícil tener que decirle gracias a alguien!

El evangelio es, precisamente, decir gracias a Dios por todo, sin excluir nada, sabiéndonos acogidos poderosamente por su misericordia y por su salvación.

Pedro llega por propia experiencia a esta intuición que le permitirá después ser el primer evangelizador, el confirmador de los hermanos, el primer proclamador de la palabra. Quería morir por Jesús; ahora ve que, de hecho, es Jesús quien quiere morir por él, y esa cruz que hubiera querido alejar del Señor es el signo del amor, de la salvación, de la disponibilidad de Dios para él.

Aquí se realiza ese cambio religioso, tan difícil para todo hombre que, en el fondo, cree siempre que Dios exige algo, que está encima para aplastarnos o para reprocharnos y no logra captar la imagen evangélica del Dios que sirve, del Dios que pone su vida a nuestra disposición, imagen que la Eucaristía nos pone todos los días en las manos. "Yo estoy entre ustedes como uno que sirve": "He aquí mi Cuerpo entregado por ustedes", antes de pedirles algo a ustedes, les pido simplemente que se dejen amar hasta el fondo. Así llegó Pedro a la genuina experiencia del Evangelio, acogiendo la potencia del amor de Dios que envuelve toda la vida del hombre. Pidamos también nosotros, junto con Pedro, que el Señor nos haga acoger su misericordia que se expresa de muchísimas maneras en la vida de los hombres, de modos sumamente diversos.

Se ha dicho, con verdad, que Santa Teresa del Niño Jesús en su autobiografía captó perfectamente este espíritu evangélico; aun sin haber pasado por ninguna experiencia de pecado y de traición, comprendió perfectamente que la sustancia del Evangelio es que la misericordia de Dios nos ama, nos previene, nos rodea con un amor sin límites y, por tanto, hace al hombre seguro, le permite lanzarse por aquel camino de confianza y valentía de donde nace toda la experiencia cristiana. Nos encontramos, pues, en la raíz de la comprensión del hombre redimido ante la palabra evangélica de salvación que descubre el hombre a sí mismo.

Pidamos poder comprender y predicar con la vida y con las palabras, esta Buena Noticia de salvación.

(Págs. 87-99)

3. Significado que Dios atribuye a cada uno de nosotros

Lucas le da mucha importancia al episodio del ladrón arrepentido y salvado y lo presenta como la culminación de la actividad evangelizadora y redentora de Jesús en su Pasión. Si juzgamos según nuestra manera humana, nos viene inmediatamente espontánea una pregunta: ¿en esto está todo? ¡Uno solo! Tanta gente que regresa a su casa, alguien un poco traumatizado, pero sustancialmente sin haber comprendido el significado de esta escena.

¿Cómo se explica un tal desperdicio de esfuerzo evangelizador para obtener solamente este pequeño resultado?

Entonces, propongo volver a ver la escena del ladrón salvado, a la luz de un capítulo muy importante de Lucas (Lc 15): "Se acercaron a él todos los publicanos y los pecadores para escucharlo. Los fariseos y los escribas murmuraban: Este recibe a los pecadores y come con ellos. Y les dijo esta parábola..." y siguen las tres parábolas: la oveja perdida, la dracma perdida y el hijo pródigo. Tres parábolas que hay que leer juntas y sobre

las cuales llamo su atención para indicar cómo nos permiten comprender el Dios del Evangelio que se revela en el perdón que Jesús otorga al ladrón sobre la Cruz.

Notemos, en primer lugar, que estas parábolas -y no había necesidad que lo hicieran- insisten todas sobre el uno: una oveja, una dracma, un hijo; en el caso del hijo, es evidente que sobre dos, uno es importante; en el caso de las ovejas (una sobre cien), o en el caso de la dracma (una sobre diez), vemos que la importancia que da la parábola al uno nos parece desproporcionada, exagerada.

La parábola de la oveja perdida

"¿Quién de ustedes, teniendo cien ovejas, si se pierde una, no deja las noventa y nueve en el desierto y marcha en busca de la perdida hasta que la encuentra?" (Lc 15,04). Nosotros diríamos: ¿pero por qué dejar las noventa y nueve en el desierto para buscar una? Además el texto no supone que el pastor las deja bien custodiadas. En esta imagen del pastor hay un cierto exceso, casi un tris de locura: se la echa a la espalda, va a casa muy contento, llama a los amigos y vecinos para que se alegren con él... Me parece notar en todo esto la importancia que Dios le da al uno, aun a uno solo, aun al más pequeño. Todo esto no concuerda de ninguna manera, más bien contrasta violentamente, con la imagen pagana de Dios, que sí piensa en el mundo, pero no pierde la cabeza por uno solo. El mismo hincapié vale para las otras dos parábolas, la de la mujer que barre atentamente la casa para buscar la moneda y la del hijo pródigo, que regresa a la casa del Padre. Aquí entramos propiamente en la revelación de la imagen de Dios, que tenemos en la cruz, cuando Jesús salva a un malhechor menospreciado, desesperado, abandonado de todos. Es la marca de fábrica del Dios del Evangelio: Uno, uno solo es suficiente para justificar todo el cuidado, la atención, la alegría de Dios. Siempre se subraya la alegría: el pastor invita a alegrarse con él y "así habrá más alegría en el cielo por un pecador convertido, que por noventa y nueve justos". La mujer dice: "Alégrese conmigo", y así les digo, "hay alegría ante los ángeles". El padre: "Hay que hacer fiesta y alegrarse". He aquí el sentido del Dios del Evangelio. Dios tiene todo en mano, es el Señor de todo, es el Rey que gobierna cielo y tierra, pero es capaz de perder la cabeza por uno solo, no tiene paz, aun por uno solo.

A esto corresponde la enseñanza que encontramos varias veces en las palabras de Jesús: "¡Ay, si uno solo de estos pequeños es escandalizado!"; "cuando lo hayan hecho a uno solo de estos, lo han hecho a mí" y -notan bien los exégetas- la insistencia sobre "uno solo" es una característica típica del Evangelio. La alegría de Dios se expresa aun cuando una sola persona ha sido objeto de la salvación.

Debemos reflexionar mucho sobre esto para nuestro ministerio: es cierto que nosotros nos preocupamos por todos, por muchos, debemos cuidar una comunidad, pero solamente en algunas situaciones privilegiadas tenemos la alegría, la satisfacción de ver un fruto pleno de lo que hacemos. Esta alegría de Jesús expresa el cuidado pleno de Dios por la persona humana, y, ante el mundo dice el valor de la persona, aun de una sola; y entonces, si una sola persona vale tanto, muchas personas valen mucho más y no se puede descuidar ninguna.

Pidamos al Señor la comprensión de la misericordiosa atención de Dios, que él nos comunica a nosotros, de la que somos portadores hacia la comunidad y que diferencia claramente al compromiso cristiano del compromiso político o de eficiencia; estos -en último análisis- cuidan

los resultados globales sin preocuparse demasiado si una u otra persona quedan descuidadas o no son acogidas.

En verdad esto es sólo un aspecto de la experiencia de Dios: la experiencia de Dios es, en efecto, también la experiencia de la salvación de todos, pero entrar en el mundo del Dios del Evangelio quiere decir tener la posibilidad de querer la salvación de todos de manera que no se descuide a nadie, ni se le ofenda, ni olvide, y se le dé todo el valor a lo que cada uno representa a los ojos de Dios.

El camino de María (Jn 19,25-27)

Pasemos al segundo momento. Hay una persona que vive plenamente la realidad de la redención junto a la Cruz; y es María. Ella representa un tesoro inmenso para Jesús que la hace depositaria de sus dones de salvación y ve en ella, en nombre de la Iglesia, la primera respuesta humana, plena, a su acción de amor sin límites.

Al contemplar a María a los pies de la Cruz, deberíamos tratar de comprender lo que le sucedió en ese momento, cómo la educó Dios, gradualmente, hasta permitirle llegar a ese punto de asociación a la redención, que María vive junto a la Cruz. Partiendo de un trozo de la "Lumen Gentium", en donde se dice que "María caminó en la peregrinación de la fe y progresó en esta peregrinación", podemos -por la imagen de María junto a la Cruz- mirar algunas etapas anteriores de su existencia, y así ver cómo Dios la preparó. Consideramos estas etapas en Lucas, sobre todo en el capítulo Lc 01,29, cuando el ángel entra donde estaba ella y "a estas palabras, María se turbó". Es el primer impacto de María con el mundo nuevo de Dios: la palabra griega *dietaráchthe* -se turbó- es una palabra muy fuerte y nos maravilla que Lucas la haya usado en esa ocasión. Es la misma palabra que se usa, por ejemplo, en Mt 2,3: "El rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén" (Herodes se turbó por la noticia de los Magos); o también en Lc 1,12: "Zacarías se turbó" por la aparición del ángel; o también en Mt 14,26 en donde leemos que, cuando Jesús camina sobre las aguas, los discípulos se turbaron. Hubo, pues, también para María esta turbación inicial: ¿a dónde me quiere llevar Dios, qué sucederá? María ciertamente se había acostumbrado a un cierto tipo de vida de oración, de piedad, de compromiso, de escucha de la Biblia, pero ahora siente que Dios la transporta a otro plano y que tiene que dejar -como le sucedió a Abraham- las seguridades precedentes, y abandonarse a una acción diversa de Dios.

De aquí comienza su educación para ese plan divino que, en parte, será según sus expectativas y, en parte, contra sus expectativas. Ambos aspectos se encuentran subrayados en el resto del Evangelio de Lucas en donde se habla de María. Se subraya la perfecta consonancia entre María y el plan de Dios, ya sea cuando la Virgen le contesta al ángel (Lc 1,38), ya sea cuando Isabel le dice: "¿Y cómo es que la Madre de mi Señor viene a mí?". Estamos en plena sintonía con el plan de Dios, estamos en el entusiasmo, en la alegría por lo que Dios ha propuesto y por lo que se vive. María vive el primer entusiasmo de la respuesta a la llamada, siente que todo marcha a la maravilla como el Señor le había hecho entrever, y se dispone pues con gran corazón a aceptar el designio de Dios sobre ella.

Pero el Evangelio hace notar que pronto comienzan para María los que pueden llamarse "años oscuros". Lucas lo subraya en varias ocasiones, ya sea cuando -en la visita a Jerusalén- se le dice que su corazón será traspasado por una espada, ya sea cuando -en la respuesta de Jesús en el Templo- ella ya no entiende qué es lo que está sucediendo: "Al verlo se quedaron maravillados, y su madre le di-

jo: Hijo, ¿por qué has hecho ésto? He aquí que tu padre y yo te buscábamos angustiados" (Lc 2,48), y el evangelista añade: "Pero ellos no comprendieron sus palabras". Es interesante notar cómo esta frase: "Pero ellos no comprendieron sus palabras", es la frase que vuelve en las predicciones de la Pasión, cuando los Apóstoles no comprendieron las palabras de Jesús acerca de la Cruz y de la Resurrección: "No comprendían lo que se les decía y este discurso les quedaba oscuro". También María, pues, entra en esta oscuridad, comprende y no comprende el plan de Dios, se adhiere a él íntimamente, pasa al fondo del corazón (está siempre en perfecta adhesión de fe, su totalidad de adhesión no sufre mengua), pero tiene que aceptar que es distinto de lo que, como madre, podía imaginarse: una madre evidentemente, desea para el hijo éxito, progreso, un buen resultado.

En el corazón de María sucede una expropiación gradual -toda madre quiere poseer al propio hijo, incluso tiene la tentación de la posesión de hacer que realice su propio ideal-. En la vida pública de Jesús hay signos claros por medio de los cuales el Maestro afirma la libertad de su designio ante cualquier deseo de sus padres sobre él, por más hipotético que sea. Por ejemplo, cuando llegan sus familiares y ni siquiera los quiere recibir, o cuando lo alaban: "Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron" contesta: "Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican" (Lc 11,27-28). La bienaventuranza de María, pues, es la de conformarse totalmente al plan divino.

Naturalmente no podemos pensar que Jesús no haya tenido corazón para su madre: si Jesús siente las lágrimas de la mujer que ha perdido al hijo (Lc 7,13), quiere decir que ama inmensamente a su madre, pero, precisamente porque la ama, él pone claramente en primer plano su libertad de acción mesiánica, con la confianza de que María acogerá, de manera total, el obrar de Dios que se cumple en él.

Para nosotros es difícil entrar en el camino que María tiene que recorrer y podemos sacar los frutos solamente cuando contemplamos las palabras del Hijo desde la Cruz: allí comprendemos hasta qué punto llegó el camino de su madre. Ella lo siguió hasta la Cruz -nos lo dice el mismo Lucas-, y Juan nos presenta la escena completa, citando las palabras que Jesús le dirigió.

Tratemos de identificarnos, en la oración, adorando en silencio al Señor crucificado, y preguntando qué sucede en ese momento en el ánimo de María, qué hubiera querido como madre. Creo que es sencillo decir que, como madre, hubiera querido morir ella por el hijo, hubiera querido dar la vida ella, hubiera querido impedir a toda costa que sucediese esto y, en cambio, el Señor la educa a aceptar de manera misteriosa, profunda, el designio por el cual es Jesús el Salvador que representa la perfección del Amor del Padre.

María vive aquí la culminación dramática de su vida, la verdadera expropiación del hijo que ella entrega al Padre por la humanidad; y, en ese instante, recibe como don del Hijo toda la humanidad. Es el centro de la escena de Juan que, por medio de la figura del discípulo, nos presenta a la Iglesia, que es puesta en íntima comunión con la Madre del Señor, como fruto y resultado de la Pasión vivida por María junto con Jesús. ¿Qué

representa, pues, la Virgen en este vértice de su camino de fe y de adhesión a la voluntad de Dios? Representa a la humanidad, a la Iglesia. Habiendo seguido totalmente el plan de Dios, habiéndolo acogido plenamente en sí, y habiendo llegado a esa expropiación de fe -a la que había sido llamado Abraham-, recibe como don la plenitud de la Iglesia. Precisamente porque se puso toda ella en las manos de Dios y se abandonó con todo lo que le era más querido, su Hijo, recibe de Dios lo que para Dios le es más querido, el cuerpo del Hijo que vivirá en la Iglesia naciente de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús. María es quien, más que cualquier hombre, comprende el significado del ofrecimiento sacrificial de Jesús, del amor por la humanidad y de la plenitud de donación al designio de Dios que esta oferta conlleva y, más que todos, puede recibir como don una humanidad nueva.

Aquí es donde debemos radicar nuestro amor a la Madre del Señor. Si perdemos de vista el camino de fe de María, no tendremos ya la capacidad de comprender cómo Dios nos ha salvado concretamente, en Jesús dándonos a María, para que en ella tuviera comienzo la Iglesia.

Evidentemente estas verdades pueden vivirse de muchas maneras: con la devoción popular cristiana, con formas más silenciosas o más clamorosas. Siempre que en la Iglesia se instaura un verdadero sentido de la presencia de María se nota un reflorecer de la vida cristiana; hay vigor, serenidad, agilidad, vivacidad, precisamente porque somos llevados a los misterios fundamentales de la Redención. No se trata de ninguna añadidura, ni de ningún lujo: se trata de colocarnos a los pies de la Cruz, y comprender de qué modo la humanidad entra en el designio de Dios, acepta la redención y, en María, comienza el camino de salvación.

Pidamos al Señor poder en realidad comprender los misterios de Dios en nuestra vida: será el rosario, serán otras formas de devoción mariana que podemos vivir nosotros en primera persona y hacer vivir a los demás, será una contemplación de los misterios de María en el Evangelio: ciertamente la presencia de María tiene un influjo misterioso y saludable para ayudarnos a penetrar el sentido de la Redención.

Pidamos también ser capaces de ayudar al pueblo cristiano, tan sensible a estas realidades, a vivirlas de un modo verdadero, eficaz, justo. Es una fortuna descubrir que el sentimiento de amor a la Virgen todavía es muy grande en la gente, todavía se lo vive: partamos de él para estimular a recorrer el camino que recorrió María, la adhesión total al misterio de Dios, a su voluntad; un camino que ha tenido una gran fecundidad espiritual, una gran capacidad de dar hijos a la Iglesia y así ha multiplicado la obra de la redención que Jesús realizó sobre la cruz por pocas personas, limitándose aparentemente a pequeños resultados.

Estos resultados, confiados al corazón de María, se convierten en una plenitud de hijos para la Iglesia, como nos lo demuestran los Hechos de los Apóstoles.

Perseveremos en esta oración, junto a la Cruz, con la Virgen.

(Martini-5. Págs. 114-122)